

GÉNERO Y POLÍTICA EN CHILE: ¿TENSIONES O SUBVERSIONES AL PODER?

“Entonces/
Los chilenos esperamos los mensajes
L. Iluminada, toda ella
Piensa en Lezama y se las frota
Con James Joyce y se las frota
Con Neruda Pablo se las frota
Con Juan Rulfo se las frota
Con E. Pound se las frota
Con Robe Grillet se las frota
Con cualquier fulano se frota las antenas.
En que en esa plaza, torna su cabeza en gestos suce-
sivos —sentada en el banco— con los pies cruzados
sobre el suelo”.

(DIAMELA ELTIT, Para la formulación de una imagen en la
Literatura. *Lumpérica*, 1983).

1. Preludio

Me referiré en este acápite a un sujeto social que se debate en el abigarrado y cambiante escenario cultural y político de fines del siglo XX en Chile. Se trata de una mirada provisoria sobre la aparición de las mujeres —en tanto cuerpos y discursos— en el escenario público (como espacio de confrontación y negociación de las diferencias) en las décadas del 60 hasta hoy, y como sujeto que propone una nueva forma de encarar y autoencarar “lo otro”, desde los guiños con o las subversiones al poder.

La óptica que utilizo es la de la Antropología de Género, en la medida en que abordar la cultura en ese período implica necesariamente referirse al papel de las mujeres en la gestación de las fisuras al orden simbólico —es decir a las transformaciones de los imaginarios sociales— y al cuestionamiento de los modos de distribuir y ejercer el poder. Su irrupción como lenguaje y presencia de lo diferente, ha tenido consecuencias relevantes en los valores sociales y en las prácticas políticas. Y al mismo tiempo que ha propiciado fracturas, ha creado un permanente campo de tensiones donde viejas y nuevas formas de interpretar el mundo chocan, se amalgaman o generan nuevos horizontes hermenéuticos. Las díadas inclusión/exclusión, dependencia/autonomía, igualdad/diferencia se han anudado explícita o implícitamente en las interpelaciones de género a los órdenes sociales que se han sucedido desde la década de 1960 al 2000.

Como sabemos, el influjo cultural, político y económico planetario que hoy nos asiste, de una u otra manera siempre ha estado presente en nuestro continente, desde la conquista de América a la implantación paulatina del capitalismo como forma de organización económica. De este modo, alguien podría decir que el periplo que hemos enunciado —la irrupción de las identidades de género en las décadas señaladas— obedece y se explica por los cambios societales a nivel mundial. Eso es evidente, pero lo que nos interesa desde una mirada antropológica es cómo esas mutaciones operan dentro de una cultura y una historia particular, y cómo esa cultura concreta elabora y resemantiza los nuevos discursos o produce respuestas y lenguajes singulares para resistir,

aceptar o mestizar los imaginarios, así como para construir y re-elaborar las identidades.

2. **Los variados sonidos femeninos en las décadas del 60 y 70: de la madre a la compañera y la irrupción de lo femenino juvenil (el ideal de la "lola")**

"Pongo más leños al fuego y pienso que soy como un recluso que quiso saltar la cerradura de su calabozo y a quien, después de ciertas escaramuzas, le está permitido pasearse por la enorme cárcel, conversar con los presos en sus celdas y luego sentarse a esperar frente a la puerta. Porque es allí afuera donde está la libertad..."

(MERCEDES VALDIVIESO, *La Brecha*: 142).

Rozaré dos polos escriturales para dibujar metafóricamente una transformación que se produce en estas décadas. El primero lo constituye el Poema 15 de Pablo Neruda: "Me gustas cuando callas porque estás como ausente, distante y dolorosa como si hubieras muerto, una palabra entonces, una sonrisa bastan y estoy alegre, alegre de que no sea cierto". Aunque escrito en la primera mitad del siglo este poema amoroso —y muchos otros del autor que han permanecido como memoria— se puede leer como clave y acceso a los complejos y ambiguos sentimientos que suscita una cierta presencia femenina y moderna: a la mujer se la desea silenciosa, ausente y dolorosa como una muerta —huelgan los comentarios—, pero la sonrisa y la palabra femenina eclipsan la culpa de ese deseo y abren paso a la alegría masculina. Entonces, es bueno que las mujeres hablen un poco y sonrían, aunque es mejor que se estén quietas como cadáveres. El otro polo, se nos brinda en la novela *La Brecha* (1961) de Mercedes Valdivieso. Su protagonista es una mujer de clase alta que lucha —como sostienen Brito y Eltit (2003)— por delinear-se como sujeto resistiéndose al matrimonio y rechazando la maternidad, pero sin renunciar a la sexualidad ni a ocupar un espacio en el ámbito público. A diferencia de otras novelistas de su generación, Mercedes Valdivieso no recurre a la fuga de su personaje femenino en la locura, la muerte o el encierro, sino que la formula en la propuesta de un cambio que sin embargo no rompe la institucionalidad, más bien repacta con ella.

Si el deseo de Neruda era una mujer muda, Valdivieso encarna en su escritura el habla femenina de una década, pero de manera más relevante marca el inicio de una voluntad por constituirse como autonomía.

Este trueque de objeto del discurso a sujeto del mismo, aunque minoritario, se perfilaba en la década del 60. Armand y Michelle Matelart (1968), sostuvieron que pese a que las mujeres chilenas, y la sociedad en general avanzaba hacia una cierta secularización³⁷, los valores modernos no habían permeado sino parcialmente los sustratos culturales. El correlato de esta situación era visible en la preponderancia que se le otorgaba a la familia, y al valor de madre y esposa de las mujeres, frente a una tímida noción de realización y autonomía personal. La "solución" de las clases medias y altas a esta contradicción fue, según los autores, aceptar "la imagen de la modernización, de la industrialización, pero reprimir voluntariamente sus consecuencias"⁽²⁰⁾, definiendo esta actitud como la de un "tradicionalismo moderno". De este modo, una de las rupturas sociológicas más complicadas para las mujeres de las décadas del 60 y 70 en Chile fue alejarse de ese abrazo de larga y profunda duración: su construcción hiperbolizada como progenitora al interior de un discurso histórico que privilegió su existencia social en tanto madre presente, muchas veces dadora del origen y de la filiación (Montecino, 1992). Si agregamos a ello el explícito contenido mariano de las apelaciones oficiales a lo femenino, y la internalización de ciertos imaginarios sincréticos de la virgen, la figura de la Madre atraviesa más allá de lo social a las estructuras psíquicas constituyendo un denso entramado de símbolos que incluye y excluye a las mujeres dentro de los cauces de la modernización del período.

Podríamos traducir ello, en los términos que utiliza Laura Rita Segato, que estábamos frente a la predominancia del sistema de estatus (el sistema de prestigio que funda lo social dentro de un modelo de desigualdades) eclipsando todavía al sistema del contrato (el

37 Se había logrado una cierta igualdad educativa y las mujeres estaban casi a la par con los hombres en la enseñanza media, aunque no así en la educación superior. Por otro lado, el 21% de las mujeres de más de 12 años tenía un trabajo remunerado y de éstas las casadas tenían un promedio de 2.4 hijos. Las dueñas de casa, por el contrario, un promedio de 4.1 hijos.

modelo de los iguales). Esto significa que las mujeres permanecían acantonadas en los ideales maternos, pero comenzaban simultáneamente a transitar el espacio público a través del trabajo remunerado y de un aún débil acceso a la política de los partidos.

De ese modo en esas décadas fue posible escuchar la modulación de variados y conflictivos sedimentos en los que el modelo de la madre se profundizó, pero a la vez se rearticulaban o abrieron “brechas” —ocupando el título de la novela de Mercedes Valdivieso— para nuevas identidades. En primer lugar, la creación de los Centros de Madres (Cemas) —entre 1965 y 1969 en el gobierno de Eduardo Frei Montalva— emerge como la escenificación más prístina de la institucionalización de la identidad materna, sobre todo de las mujeres del mundo popular y las clases medias bajas. Los Centros de Madres, de esta época, muestran como el Estado, promueve la organización femenina, en un espacio aparentemente distinto al de la casa, pero en el cual se fomenta precisamente el perfeccionamiento de los haceres domésticos ahora de cara a las nuevas ideas de ahorro, higiene, nutrición y a veces del uso de nuevas tecnologías (como las máquinas de coser y ollas de presión).

Al mismo tiempo, sin embargo, se desplegarán planes de planificación familiar que popularizan las píldoras anticonceptivas y los dispositivos intrauterinos, que no obstante las contra respuestas de la iglesia y de los sectores más conservadores, fueron incorporados de manera más o menos generalizada. Así, conjuntamente al disciplinamiento y énfasis del modelo mariano en los Cemas, el cuerpo femenino es objeto de una intervención —también institucionalizada— que opera sobre su capacidad reproductiva y que tiene como efecto no esperado el asomo de un discurso acerca del goce sexual femenino y sobre la separación entre placer y reproducción. Este cuerpo más liberado de lo generatriz desvestirá los ropajes maternos con la adopción de la minifalda y del bikini, prendas que de algún modo circulan, en el imaginario social, como los fetiches y representantes de la libertad sexual femenina (Sanfuentes, 2003) y el autogobierno del propio cuerpo. Del mismo modo, la operación semántica que aparece con la noción de “unisex”, que trajo consigo el uso de pantalones por parte de las mujeres, escribió en sus siluetas, sin un discurso político articulado, la idea o la búsqueda de igualdad con los hombres. La incorporación del pantalón como indumentaria cotidiana de las

chilenas de la época, expresa metafóricamente, el acceso a la calle, al mundo laboral y al político (recordemos que ya tenían el derecho a elegir y a ser elegidas).

Junto con la simbólica de la madre y de la mujer “moderna”, transitará el de la joven, la “lolita”, como amalgama de un doble signo de liberación: de género y generación. Los jóvenes se perfilaban como una categoría social emblemática por la subversión a lo establecido, sobre todo de las estructuras de la familia. La constelación de las ideas del hippismo (haz el amor y no la guerra) pondrán a los y las jóvenes como vanguardia de una modernidad que se rebelaba contra las opresiones del cuerpo y contra las pulsiones de muerte implícitas en los sucesos históricos de la época (como la guerra de Vietnam). Pero, “la lolita”, encarnó mucho más el ideal de un cuerpo femenino y joven, amoroso y dispuesto al goce y a la exhibición (la película *New Love* y el programa *Música Libre* son testimonio de ello). Diríamos en clave psicoanalítica que es la hija seductora y rebelde que pugna por desplazar a la madre y a su lenguaje sacrificial.

Pero las modulaciones de lo femenino, sobre todo en los inicios de la década del 70 y con la Unidad Popular, se extienden hacia otras posibilidades. Salvador Allende propició un discurso de ruptura con los modos jerárquicos de apelar a la autoridad, al autodenominarse como el “compañero” presidente. Por otro lado, la hegemonía discursiva de los partidos de izquierda contribuyó a que la palabra compañero se difundiera como paradigma de un nuevo tipo de relaciones interpersonales. Así en el habla cotidiana el término adquirió una gran polisemia, pero siempre referido la ruptura con las jerarquías y a la búsqueda de igualdad entre las clases, entre los burgueses y el “pueblo” —recordemos que el “pueblo” era ya una categoría reconocida como sujeto histórico³⁸. Pero también connotaba la horizontalidad de las relaciones entre hombres y mujeres, la compañera y el compañero eran sinónimo de vínculos erótico amorosos sin la traba del matrimonio, de relaciones sexuales y afectivas, más allá de toda institucionalidad. Sin embargo, si nos adentramos

38 Como dice María Angélica Illanes: “todos los sectores sociales pusieron en ese signo (el pueblo) su mirada; desde los años 60 en adelante los desposeídos se fueron convirtiendo en sujetos históricos, reconocidos y legitimados por el discurso de la sociedad entera e incluso por las estructuras de poder” (2002:138).

en otras facetas de la noción de “compañera” y analizamos, por ejemplo, el himno de la CUT que se voceaba en muchas manifestaciones de la época veremos otras connotaciones: “Yo te doy la vida entera, te la doy, te la entrego compañera, si tú llevas la bandera, la bandera de la CUT. Aquí va la clase obrera hacia el triunfo, querida compañera y en el día que me muera, mi lugar lo tomas tú”. La compañera, a cambio del amor total de su amante, debía suscribirse a su lucha, pero además adquirir protagonismo sólo una vez que éste desapareciera. Así, ser la compañera requiere, por un lado, una dimensión sacrificial y, por el otro la dependencia ideológica de la pareja, asumiendo la secundariedad de una reservista.

Con todo, el tratamiento de compañera proponía una nueva forma de identidad femenina, una mujer comprometida con los cambios sociales y la reforma de las desigualdades de clase. Es interesante señalar que aun cuando esta dimensión era la privilegiada en el período de la U.P. algunos atisbos de otros perfiles —ligados a la autonomía de género— se dieron con los intentos de legislar para que las mujeres tuvieran la posibilidad de celebrar contratos sin la anuencia de sus maridos, la protección de las mujeres en las parejas de hecho y la creación de la Secretaría Nacional de la Mujer (1971).

Afincada en el universo popular la imagen de la “pobladora, otorga otros visajes: se trata de la mujer del pueblo que lucha por la sobrevivencia en el medio urbano de las “poblaciones callampas”. Es la migrante rural que se ha asentado y se toma terrenos, es la alteridad del roto, en el sentido de que representa al sujeto despojado, pero valiente y siempre dispuesto a enfrentar la adversidad. Sin embargo el pesado manto de lo femenino como madre, no dejó de estar presente: los Cemas, aglutinados ahora en Uniones Comunales, organizaron a casi un millón de mujeres (urbanas y rurales) en torno a actividades que no variaron mucho de las que los originaron, quizás ahora con un énfasis en otorgar herramientas para obtener ingresos³⁹, pero siempre dentro del límite de la domesticidad y de la reproducción cotidiana.

39 Así por ejemplo, muchas de las nacientes boutiques que confeccionaban moda “nacional” se nutrían de la mano de obra femenina que aprendía costura en los Cemas (Sanfuentes, 2003).

De este modo, podemos colegir que en las décadas del 60 al 70 se asiste a una eclosión de formas en que las mujeres comienzan a constituirse como diferencia, manteniéndose la invariante del modelo de la madre, pero ampliando sus identidades hacia rasgos que desanudan el cuerpo y cuestionan de algún modo al poder. La Brecha de Mercedes Valdivieso habla por primera vez de una mujer que se separa, que busca su autodeterminación, pero dentro de los cauces de una tensión entre del sistema de estatus y el del contrato. Ya no será por cierto más “callada, ausente, distante y dolorosa” Le está permitido “pasearse por la enorme cárcel”, pero no salir de ella. Así los imaginarios culturales están atravesados por una rebelión femenina en algunos sectores de mujeres chilenas que se confunde y entrevera con el discurso que pregona la igualdad de clases y con la hegemonía interpretativa de la categoría “pueblo”, pero en él ya se pueden observar los hilos que más adelante tramarán la formulación de una práctica, una teoría y de una hermenéutica propia.

3. Cultura oficial y cultura de bordes: de la madre a la ejecutiva y la construcción crítica de las identidades femeninas

“Se revuelca sobre el pasto cruzada por su terco insomnio. Se estira toda. Desde lejos es una sábana extendida sobre el pasto, desde cerca es una mujer abierta, desde más lejos es pasto, más allá no es nada. Está tan oscuro en la plaza. Desde la acera del frente es un cuadrante iluminado”

(DIAMELA ELTIT, *Lumpérica*, 1983).

La alegoría de los 80 y del 2000 me parece ilustrada por dos novelas de Diamela Eltit: *Lumpérica* (1983) y *Mano de Obra* (2002). La primera es una doble ruptura —con las estructuras del género literario y con los imaginarios tradicionales femeninos— que visibiliza las tensiones y acosos de una nueva y brutal organización social. *Lumpérica*, sin linajes ni pasado habita una plaza donde un aviso luminoso y un poste del alumbrado público le proporcionan claridad en medio de la noche. *Mano de Obra* por su parte, coloca al supermercado como el espacio donde personajes populares, femeninos y masculinos, alucinados y alienados sufren

y reproducen los valores de la competencia y el éxito en un micro-mundo laboral y amoroso despiadado y asfixiante.

El Golpe de Estado de 1973 con la utopía del mercado como síntesis social y con el autoritarismo como forma de gobierno, produjo un quiebre radical en las formas tradicionales de expresión política de las diferencias, pero también profundizó modelos de género, pero al hacerlo —como consecuencia inesperada— posibilitó la emergencia de nuevos discursos femeninos. Del mismo modo, la eclosión sociológica de la categoría de clase como definición e interpretación única de los sujetos y la atención a la multiplicidad de los que fueron invisibilizados por ésta, trazó un horizonte de mayor complejidad en la composición e integración del “nosotros” dentro de un tinglado donde la negociación de las alteridades se reprimía o ocurría en lo clandestino de las existencias.

La dictadura propició, a través de la Secretaría Nacional de la Mujer, una clara vuelta de tuerca política hacia los Centros de Madres, concebidos ahora como un espacio de irradiación y legitimación de las prácticas autoritarias y jerárquicas (Munizaga y Letelier, 1988). Pero, más allá esencializó a “la Mujer” como una categoría que contenía a la madre, a la voluntaria, a las damas de colores, a las “madrecitas” (que pertenecían a los “cemitas”) y a las “administradoras” del hogar y, aún cuando posicionó a mujeres en altos cargos del gobierno, su calidad fue solamente la de técnicas incondicionales al poder.

En este escenario la apelación a la “consumidora” como un nuevo cuerpo femenino hará su entrada triunfal. La magia del consumo se verá rodeada por la aureola de estas fuentes privilegiadas para que la circulación de las baratijas oculte la travesía perversa del capital desterritorializado. La consumidora será construida por el imaginario publicitario, apelando por cierto a los elementos simbólicos ya presentes en las identidades de género: la madre, la joven y la mujer moderna que trabaja, esta última blanco de un sinnúmero de “necesidades” emanadas de su ahora necesaria permanencia en lo público.

En sus inicios, la política de la dictadura se manifestó como arrasamiento total de los signos corporales de las diferencias (la aniquilación del otro fue el extremo de esta política). Si el pelo largo y las barbas estuvieron estigmatizadas para los hombres por su mimesis con el modelo del “revolucionario” (recordemos toda

la simbólica castrante de los cortes de pelos que se exhibía por la TV), en los primeros meses del Golpe los pantalones usados por las mujeres fueron también motivo de sospecha. Las mujeres con faldas y los hombres con el cabello corto, constituyeron la imagen de una suerte de restauración disciplinaria de lo que el régimen había considerado un “mundo al revés”, un pachacuti que había que resolver, y lo interesante es que tomó clave de género. La alegoría de los “machos tristes” que Darío Osses dibuja en su novela del mismo nombre, pone de manifiesto esta “herida” en la masculinidad de izquierda arrasada por el Golpe (los vencidos); ya no más espacio de la noche y la juerga; ya no más discusiones interminables; ya no más cuerpos rebelados: hay machos (los vencedores) más poderosos y violentos que imponen ahora las reglas. Frente a los modelos dominantes, una subterránea contra respuesta fue gestándose en la medida en que se rearticulaban diversas organizaciones de mujeres, y sobre todo cuando la reflexión feminista comenzó a producir un conjunto de interpretaciones ligadas a prácticas que contribuyeron a tejer un horizonte de cambios donde la noción de igualdad y transformación radical de las estructuras culturales fue tomando fuerza. La década de los 80 estará signada por la aparición de un discurso femenino que persigue y lucha por la democracia en Chile, pero al mismo tiempo reclama una alteración profunda de las relaciones de género entendidas también como relaciones sociales de poder. Las vivencias de la opresión y del poder omnímodo del Estado fueron el escenario propicio para repensar todas las formas de dominación y subordinación: desde lo doméstico hasta lo público. Es la plaza donde Lumpérica está sola y asolada por fuerzas que la interpelan, es la huérfana de las instituciones, es la condición de huacha, pero también es la modulación de una palabra propia en medio de las apropiaciones de que es objeto el cuerpo social entero.

Será este el momento en que otras diferencias se enfrenten, dialoguen y fecunden una nueva manera de encarar las desigualdades. Me refiero al hecho que la pluralidad de rostros que conformaron las organizaciones de mujeres en la dictadura pondrá de manifiesto que la identidad “mujer” en tanto esencia no existe y que la condición de género se experimenta de modo particular de acuerdo a la clase, a la etnicidad y a la generación. Los grupos de mujeres mapuches, aymaras, campesinas, pobladoras, de jóvenes, lesbianas, entre otros, proponen una interrogación sobre la igualdad en

la medida en que al concepto sociológico de “la mujer” se estrella con las diferencias étnicas, de clase, de opción sexual. De este modo, la noción de diversidad tejerá un discurso que propiciará la desenzimización de las identidades femeninas, no obstante que el sujeto que se construía como oposición a la dictadura se condensara en el concepto “mujer”. Lo múltiple, lo plural, lo diverso se contenía en ese término que interpeló con fuerza a la cultura autoritaria y al disciplinamiento de las mujeres como resguardadoras del orden militar.

Emerge en esos momentos una importante reflexión sobre las prácticas políticas y las bases para la construcción de modelos organizacionales horizontales, con un privilegio de las redes —cuyo “centro está en todas partes”, parafraseando a Gabriela Mistral—, los liderazgos no autoritarios, la rotación del poder, la ruptura con los órdenes jerárquicos, la construcción de las “iguales”. Los diversos movimientos de mujeres de la época discutieron, y cuestionaron las formas clásicas de ejercicio del poder y sobre todo la difícil cuestión de encarar la igualdad en la diferencia.

Pero, también la simbólica materna ocupó un sitio en esta renovación de los paradigmas que se gestaban. Me refiero a la figura de las madres y de las esposas de los detenidos desaparecidos, que si bien no alcanzaron los ribetes que en Argentina, la figura maternal y conyugal con las fotos de sus hijos o esposos adosados al pecho, se incrustó para siempre en el imaginario social haciendo aparecer lo ético como una representación de lo femenino-materno en tanto límite de la retórica de la muerte que se enseñoreaba de Chile. Del mismo modo, la figura de la Cueva sola interpelaba la soledad —esa huerfanía de Lumpérica— y el duelo nacional encarnado en el cuerpo de una mujer bailando con el fantasma de su esposo. Por otra parte, las protestas generalizadas de la población toman también los elementos de la simbólica de la madre: el ruido de las cacerolas y de los enseres domésticos operaron metonímicamente en tanto desde lo doméstico se interpeló al poder de las armas, desde el espacio de la casa y con los signos de la madre se ritualizó la impugnación a la dictadura.

“El año se retira colmado de divisas. Próspero el año y yo aquí, de pie en el super cautelando la estricta circulación de la moneda. Cajera, aseador, yo, empaquetador, promotora, guardia de pasillo, custodio, encargado de la botillería. Resuenan las estridentes finales campanadas. Inclinado, curvado por las peticiones,

me abrazo locamente a los estantes y celebro mi año (nuevo), mi triunfo. Y mi silencio.” (Diamela Eltit, *Mano de obra*, 2002).

La celebración del advenimiento de la democracia en los inicios de los 90 tuvo como deseo, para muchos, la renovación, el surgimiento de un nuevo pachacuti, poner en su lugar aquello que había sido desordenado por el orden militar. Los cambios se produjeron en el plano de las libertades políticas y se profundiza la idea que el mercado funciona⁴⁰ como síntesis social. Muchas de las demandas de los sujetos que se construyeron como resistencia tomaron un rostro institucional, el Servicio Nacional de la Mujer; la antigua CEPI y luego Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, el Instituto de la Juventud, entre otros, dan cuenta de que el régimen democrático acogió sus reclamos. La tematización de la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres, el Nuevo Trato con los grupos étnicos, la resolución, vía comisiones y compensaciones, de las materias ligadas a la violación de los derechos humanos, entre otros gestos ponen de manifiesto la voluntad de propiciar valores modernos y aceptar la idea de diversidad. Podríamos decir que el sistema del contrato anhela ahora eclipsar al del estatus y del prestigio.

Sin duda, si comparamos en términos de participación económica, social y cultural a las mujeres de la década del 60 con las actuales muchas “brechas” se han cubierto y los imaginarios sociales se han transformado. Las familias son cada vez más nucleares, se tienen menos hijos, la escolarización y profesionalización de las mujeres es creciente, se casan más tarde y son sexualmente más libres, se han modificado los regímenes conyugales, y de manera creciente se incorporan al ámbito del poder político. Si la figura del “ejecutivo” —ese hombre con terno y maletín— fue una que permeó el modelo masculino de los 80, el de la “ejecutiva” y luego de “la empresaria” predominará en los 90 y en el 2000 como

40 Tironi sostiene que la década del 90 consolida el modelo liberal en Chile, el cual se expresa en políticas públicas focalizadas hacia los más pobres y “adicionalmente, impera una baja regulación del mercado del trabajo, alta flexibilización, baja protección al empleo y escasa sindicalización. En términos generales, es un modelo que deja al mercado el rol primordial en la absorción de los riesgos y la provisiones de estándares de bienestar en campos como la salud, al educación, la vivienda, la previsión, la seguridad, etc. Y se deja menor espacio al mercado como eje articulador de riesgos” (2003:64).

alegoría de los espacios de poder alcanzados, sobre todo por las mujeres de las clases medias y altas. La imagen de la empresaria eso sí dista de ser una alegoría de la secularización, en la medida en que debe ser también una madre, y en los espacios femeninos de los medios de comunicación se problematiza permanentemente la tensión entre trabajo y maternidad, así como los "costos" que supone el ser una "mujer de éxito" (las estadísticas mostrarán cómo las más educadas y de mayores ingresos se deprimen más; como en general ganan menos y están en las más bajas jerarquías, etc.). El ideal de la madre prevalece de múltiples formas, y entonces "la empresa" que es el sitio de "la ejecutiva" se "humanizará" buscando formas de conciliación de los dos modelos. Por cierto que lo que no se hace es cuestionar los modos en que las concepciones de género —la forma primaria de distribución del poder simbólico y social— se dislocan en contacto con una concepción liberal de organización de la sociedad. La metáfora del supermercado de Diamela Eltit nos mostrará el envés de la díada ejecutiva-empresaria: en el "super" el polo de la cajera, de la dependienta, la promotora, ganando el sueldo mínimo, sin regalías, con horarios fuera de lo legal, da cuenta del orden ya no de las diferencias sino del abismo entre las clases que se observa en la profundización del liberalismo de mercado a la chilena.

Breves fragmentos de una nueva escena femenina: la Presidenta

Los inicios de 2000 estarán marcados de manera indeleble por la figura de "la Presidenta", simbolizando el acceso al máximo poder de la República de una mujer y junto con ello, una nueva tensión al sistema de estatus y una ruptura con muchos de sus códigos. Uno muy crucial es la inédita cesión de poder que las propias mujeres chilenas hemos realizado votando por Bachelet (es sabido que en el imaginario de la subordinación femenina hay una negación a entregar potestad a alguien desvalorizado, como lo es otra mujer), pero al mismo tiempo inaugurando la virtualidad de todas como presidentas (las mujeres con las bandas presidenciales). Esta operación se instala en un punto de "reparación" a las iniquidades históricas activando la recuperación de la dignidad de las mujeres y de la valoración de su condición femenina. Por otro lado,

la propuesta de la paridad, trae consigo la puesta en escena de una igualdad difícil de lograr (sin discriminación positiva) en lo público, pero sobre todo la negociación con el neomachismo que domina en el sistema partidario.

La "narrativa" que produce esta nueva imagen de la Presidenta por cierto es polisémica y abarca espacios simbólicos que van desde los derechos humanos, las jefas de hogar, las mujeres liberadas, la reconciliación con el mundo militar, la madre soltera, la mujer política (la compañera), la profesional, etc. En el futuro será menos difícil aprehender los principales "motivos" y metáforas dentro de las cuales se inscribirá el accionar político y las novedades de su narrativa. Pero, lo que nos interesa resaltar aquí es que, desde nuestro punto de vista, la Presidenta funciona como signo condensador (universal) de los múltiples cambios que se fueron gestando en la historia femenina chilena desde la década del 60. Quizás se trata de una de las impugnaciones más claras al poder, sin por supuesto significar una subversión del mismo, pero sí de un modelo que se instala produciendo variadas fisuras que tocan a lo privado y a lo público.

Lejos del silencio balbuceante que Neruda exigía para amar a una mujer, y del sacrificio de "la compañera", a distancia de Lumérica como disolución de todo lenguaje y más cerca de esa ambigua libertad de Mercedes Valdivieso, hoy día el punto central es que la coexistencia del modelo del contrato (los, las iguales) y el modelo del estatus (la distribución desigual del prestigio) hace poderosa y también vulnerable a las mujeres y a lo femenino. La simbólica de la Presidenta propone una fuerte crítica a este último, pero como las mujeres, en Chile y América Latina, somos un signo que transita entre ambos modelos, no es evidente que las desigualdades de género desaparezcan, más aún es previsible que en algunos planos se profundicen, sobre todo en el de la violencia doméstica y en otros posiblemente se debiliten (mayor acceso a lo político y al trabajo remunerado).

La propuesta de la igualdad en la diferencia parece ser el horizonte que abren los 90, con el concepto de democracia radical (Chantal Mouffe) que supone una rearticulación de todas aquellas pluralidades y marginalidades que emergieron, en el subsuelo de los 80. Esto significa un cambio cultural y político que se oriente hacia la resemantización de las estructuras de prestigio y poder

que siguen manteniéndose y que se reacomodan en su función discriminatoria en la medida en que no son cuestionadas, criticadas ni desmontadas.

La reflexión sobre la construcción del sujeto-mujer en las décadas del 60 al 2000 traza de manera inequívoca el crucial juego entre igualdad y diferencia, y cómo los cambios operados en el campo de lo económico (la modernidad de los mercados), en lo político (el modelo del contrato) no necesariamente corresponde con los del orden simbólico (donde prima el modelo del estatus), pero también pone de manifiesto el caudal de impugnación cultural y política que la condición femenina —como categoría— juega en la ampliación de los derechos y en la posibilidad de subvertir constantemente las estructuras de poder. No es por nada que L. Iluminada se las “frota” con Neruda, Joyce y Grillet.

SIGNOS DE LA EXCLUSIÓN: LAS RELACIONES DE GÉNERO Y EL JUEGO DE LO INVISIBLE/VISIBLE